



SECCION BIBLIOGRAFICA

Edmund Wilson.—THE TRIPLE THINKERS.—Twelve Essays on Literary Subjects, Ed. John Lehmann, Londres, 1952. 256 págs.

Edmund Wilson—una de las figuras más importante entre los cultivadores del *New criticism* norteamericano—ampara este libro de ensayos literarios bajo una frase de Flaubert, en carta a Louise Colet, preguntándose si el artista no es un triple pensador.

Por eso todos los ensayos que integran este volumen están concebidos en una dimensión que rebasa lo puramente literario para alcanzar esas otras latitudes que hacen de un poeta, un pensador también. Son fundamentalmente preocupaciones estéticas, sociales y políticas las que, tras los ensayos de Wilson, pueden percibirse.

En la imposibilidad de reseñarlos uno por uno, citaremos los que más interés pueden suscitar en un lector español. Y entre ellos el que lleva el título de *Is Verse a Dying Technique?* En él, antes de analizar Wilson si el verso es efectivamente un artificio literario poco menos que agonizante, plantea el viejo pleito entre lo que prosa, verso y poesía significan.

Es importante considerar el verso y la prosa en relación con las funciones que han desempeñado a lo largo de diferentes épocas. La técnica literaria del verso se empleaba antes para géneros y temas, encarnados hoy en prosa. Recuerda Wilson casos como los de Solon, Hesíodo, entre los griegos o los tratados de filosofía, agricultura, en verso, entre los romanos.

Analiza también Wilson la nueva concepción de la poesía que en el XIX surge con escritores como Coleridge, el cual negaba que toda obra escrita en verso pudiera ser llamada poética, acabando, pues, con la identificación que de verso y poesía venía dándose desde obras del tipo de *De Rerum Natura*, y estimando que la diferencia placer-verdad—como objetivos de la poesía auténtica y del verso al servicio de un tema no poético—bastaría para alejar todo peligro de confusión. Para Coleridge la obtención de placer estético puede conseguirse a través de obras no escritas en verso.

Junto a esta concepción de la poesía se ocupa Wilson de otras, entre ellas las de Poe, Mathew Arnold, Verlaine, A. E. Housman, etc.



Cada vez se percibe más—cree el ensayista—cómo la prosa se adueña de terrenos antes dominados por el verso. La poesía puede, pues, existir a través de la expresión prosística. Caso importante es el de Flaubert, en cuyas obras percibe Wilson curiosas resonancias virgilianas. El escritor francés, como el latino, presta gran atención al uso de palabras y ritmos. Si Virgilio tardó siete años en escribir las *Geórgicas*, Flaubert consumió seis en la redacción de *Madame Bovary*. Flaubert fué el primer gran escritor en prosa que deliberadamente intentó tratar los temas más difíciles y aparentemente antipoéticos, con la delicadeza, la precisión y la intensidad que habían sido siempre identificadas con el verso. Ibsen, en el drama poético, jugó un papel no menos importante.

James Joyce, gran admirador de ambos, Flaubert e Ibsen, se aprovechó de sus técnicas, ensayando en *Ulysses* un nuevo método que le permitió incorporar versos en una textura prosística. En cuanto a *Finnegans Wake* es difícil decir si está escrita en prosa o en verso.

En nuestros días las técnicas del verso y de la prosa se han mezclado. Ezra Pound gradualmente ha ido empleando una técnica próxima a la prosa. William Faulkner, que comenzó por escribir versos, ha hecho su mejor obra en prosa, sin dominar aún ésta por completo, e interpolando a veces trozos en verso. Carl Sandburg y Pound han usado el antiguo verso libre.

Se pregunta Wilson si el verso está en decadencia y si será posible que recupere los dominios que ha perdido. Y estima que habría que estudiar estos cambios desde puntos de vista antropológicos y sociológicos. Wilson cree que el verso es quizás una técnica más primitiva que la prosa y en relación con la música. La poesía griega está dirigida fundamentalmente al oído. La latina es ya visual. Compárese un paisaje en Sofocles o Aristófanes con uno en Virgilio u Horacio.

El verso podría, pues, revivir en una época y en una sociedad en que la música juega un papel importante.

In honour of Pushkin se titula otro de estos ensayos, escritos en 1937 en ocasión del centenario del gran poeta ruso. Wilson estudia la universalidad de *Eugenio Onieguin*, estimando que este poema de Pushkin más que al tono del *D. Juan de Byron* se acerca, a veces, a Keats. El análisis de la obra es realmente modélico, en cuanto a las posibilidades de una crítica literaria ejercida con saber y penetración. A ese estudio sigue una traducción, comentada, en lengua inglesa, de la obra de Pushkin *El jinete de bronce*.

En el ensayo *The politics of Flaubert* escudriña Wilson el mundo ideológico del autor de *Madame Bovary*. Los Goncourt en su diario, al hablar de su indiferencia política, se refería también a la de Flaubert, del que vuelve Wilson a citar la frase a Louise Colet sobre el artista como triple pensador.

Pese a mostrarse Flaubert como antimaterialista, escéptico respecto a las ideas de igualdad, educación popular y sufragio universal, Wilson señala cómo entre las figuras de su tiempo que el novelista admiraba, las más eran demócratas, humanitaristas y reformadoras, como George Sand, para la que escribió *Un Coeur simple*.

Flaubert tuvo más en común con el pensamiento socialista de su tiempo de lo que él se hubiera confesado a sí mismo. Sus simpatías están al lado del pueblo campesino o trabajador. (A este respecto recuerda Wilson un significativo pasaje de *Madame Bovary*).

Es en la *Educación sentimental* donde la visión flaubertiana de la sociedad



se acerca más a la teoría socialista. Su presentación de la revolución de 1848 es parecida a la que Marx hace del mismo acontecimiento en *El 18 Brumario de Luis Napoleón*. Marx y Flaubert odiaban el sistema burgués. Y ambos mantenían un mismo grado de actitud romántica en favor del pasado. El autor de *El Capital* no parece tener en alto aprecio ningún período de la historia de la humanidad, pero en comparación con el capitalismo decimonónico, muestra cierta simpatía por Grecia, Roma y la Edad Media.

Wilson señala, asimismo, entre otros aspectos interesantes de *La educación sentimental* cómo en ella puede percibirse el odio de Flaubert por la Commune, por las masas desenfrenadas, por el pueblo al que ha de concedérsele libertad, pero no poder. La salvación de la sociedad—piensa Flaubert al igual que Renan y Taine—ha de estar en una élite, en una aristocracia legitimada.

En *The Ambiguity of Henry James* estudia Wilson lo huido de algunos personajes de James, frente a los cuales caben diferentes interpretaciones y juicios.

Entre los tipos más frecuentes en la novela de James, señala Wilson el del cultivado burgués americano—como el propio James lo fué—que vive de las rentas producidas por algún negocio, y que desea enriquecer sus experiencias al contacto con la sociedad y el arte de Europa. Resulta esclarecedor—creo Wilson—comparar al autor de *The Sacred Fount* con Flaubert. El héroe de *La educación sentimental* es un perfecto carácter de Henry James, si bien la ironía y la ambigüedad flaubertiana no son exactas a las del escritor americano.

Literatura y política vuelven a aparecer unidas con el estudio *Bernard Shaw at Eighty*, en el que Wilson tras unas indicaciones biográficas, nos habla de la profunda impresión que la lectura de *El Capital* produjo en el escritor irlandés. Pero, exceptuadas algunas obras fuertemente socialistas—*Widowers Houses* y *Mrs. Warren's Profession*—Shaw nunca fué realmente un socialista, fuera del plano teórico. Se acostumbra a decir que Shaw no fué fundamentalmente un artista, sino un propagador de ciertas ideas. La verdad es que fué un considerable artista, y que sus ideas—es decir su filosofía social—siempre fueron confusas e inciertas. En tanto que sus estudios sobre literatura, música, teatro, permanecen jóvenes y frescos, las obras sobre asuntos políticos y cuestiones sociales resisten peor el paso del tiempo.

Recuerda Wilson lo que Einstein decía de las obras de Shaw, próximas para él, en el recuerdo, a la música de Mozart. Wilson destaca la lógica, la gracia, la precisión formal de las obras shawianas como próximas, efectivamente, a las de los compositores dieciochescos. Y, en apoyo de su tesis, estudia musicalmente *The Apple Cart*.

Un gran interés ofrece el ensayo *Marxism and Literature*. En él Wilson analiza los gustos literarios de Marx y Engels, la admiración de Lenin por Pushkin y Tolstoy, la actitud crítica de Trotsky al señalar el peligro entrañado en los términos literatura y cultura proletaria, etc., refiriéndose finalmente a la situación de la actual literatura soviética, dirigida y sometida a una censura tan estrecha o más que la de la época zarista.

Al impacto de las teorías marxistas en la evolución de la crítica literaria alude Wilson en el último ensayo del libro, *The Historical Interpretation of Literature*, donde también se hace eco de otros métodos o doctrinas, entre ellas, la psicoanalítica y sus aplicaciones a la crítica literaria (v. gr. el estudio de Van Wyck Brooks, *The Ordeal of Mark Twain*).

Tanto estos como los restantes ensayos que componen *The Triple Thinkers*

se caracterizan por lo denso y apretado del contenido, por la originalidad del enfoque y por la acertada técnica expositiva. Cualidades todas que hacen de la obra de Edmund Wilson un excelente y significativo ejemplo de lo que el *new criticism* es y de sus espléndidas posibilidades.

M. Baquero

THE YEAR'S WORK IN LITERATURE, 1949.—The British Council, Londres, 1950. 72 págs.

Contiene este libro—llegado con retraso a nuestras manos—un resumen del año literario 1949 en Inglaterra, realizado por varios notables críticos y precedido de una introducción de John Lehmann.

El primer estudio de L. P. Hartley versa sobre *Left hand, right hand* de Osbert Sitwell, cuyo sentimiento del tiempo pasado está, para el articulista, próximo al de Proust, en algún aspecto.

Kenneth Muir se ocupa, en un ensayo titulado *Criticism and biography*, de diversas obras de T. S. Eliot, Edwin Muir, C. M. Bowra, Robert Graves, Middleton Murry, Ernest Jones, Norman Ault, etc.

En *The personal theme*, John Morris estudia la literatura inglesa de 1949 inspirada o provocada por el último conflicto bélico, y también la literatura de memorias o experiencias personales, como *The Jungle is Neutral* de Spencer Chapman o el *A Writer's Notebook*, de Somerset Maugham, traducido ya al español.

Bajo el título de *Fiction*, Walter Allen reseña lo más importante de la producción novelística inglesa en 1949, *Ape and Essence* de Aldous Huxley, *Nineteen Eighty-four*, de George Orwell—novelas conocidas por el público español—*Men of Stones* de Rex Warren, *On a Dark Night* de Anthony West, *The Body* de William Sansom, etc.

C. V. Wedgood dedica un artículo a *History as Literature*, a través de obras de G. M. Tvevelyan, Herbert Butterfield, John Bowle, etc.

De la poesía inglesa en 1949 se encarga G. S. Fraser que estudia, entre otras obras, las *Elegies for the Dead in Cyrenaica* de Hamish Henderson, los *Collected Poems* de Louis Mac Neince, *The Imprisoned sea* de Edwin Muir, y otras obras de Roy Campbell, Edith Sitwell, etc.

John Rusell dedica un último capítulo a las traducciones inglesas, realizadas en 1949 de obras de Herodoto, Baudelaire, Turgvenev, Stendhal, Gogol, Merimée, Freud, Proust, Kafka, Tolstoy, Fromentin, Mann, Moravia, Sartre, Camus, etc.

Completan el interés del libro una bibliografía final y diversas fotografías de los más conocidos escritores ingleses.

M. Baquero